28 de noviembre de 2026

Homilía
Congreso Escuelas Católicas

(Ap 22, 1-7; Lc 21, 34-36)

Queridos hermanos,

En el centro de nuestra fe, de la plena realización de la comunidad eclesial que somos en el Señor, el apóstol nos muestra la presencia de un río de agua de vida, reluciente como el cristal, y de un árbol de vida, de fecundidad sobreabundante y causa de curación para las naciones. Es la presencia del Espíritu Santo, enviado por el Señor Jesús, glorificado ya con el Padre, que ha plantado en medio de la plaza de su Pueblo el árbol de la cruz, fecundo y sanador ya para siempre.

Fuerte de esta certeza radical, la Iglesia ha mirado siempre la vida que nace, no viéndola como al albur de las fuerzas y circunstancias de este mundo, sino rica por gozar del agua y del árbol de la vida, que son fuente de fecundidad, de sanación, de futuro en Dios.

Este amor por cada uno, esta mirada renovada, ha conducido siempre a un cuidado, y, concretamente, a una educación cargada de positividad: no estás ya bajo maldición alguna, tu persona está destinada a la vida, a dar frutos de bien y de justicia, a sanar de todos sus males, a la comunión celestial.

Por esta fe, nunca hemos educado como si no existiese nada más que este mundo, en cuyos esquemas y a cuyo poder habríamos entonces de acomodar la existencia. No entendimos nunca la educación como instrumento para que el mundo cambie a la persona, la plasme o la modele, la ponga a su servicio.

La educación cristiana respira otro aliento, su interés es la persona. Puede y osa poner en su centro a la persona; porque sabe que, aunque toda pretensión de este mundo fracasa a la hora de explicar el corazón humano y la verdad de la historia, en el encuentro con Cristo, en cambio, el hombre se descubre a sí mismo, su dignidad, su libertad y su destino.

Nos atrevemos a una educación que tiene realmente en el centro a la persona, porque sabemos de su vocación única, que existe respuesta a las exigencias de su mente y su corazón; porque nosotros mismos la hemos encontrado en la fe en Cristo, y hemos visto y podemos mostrar que hace renacer la vida, que hace posible fecundidad verdadera, que nos sana de nuestros males.

Educamos entonces en la esperanza de poder estar en el mundo con libertad y en verdad, con responsabilidad ante la sociedad, capaces de emprender caminos nuevos, de amar y cuidar el bien común. No es una educación en la que el mundo nos plasma y nos modela, sino en la que la luz del Evangelio permite que crezca alguien con inteligencia propia y con fe consciente, deseoso de dar un sentido justo a las cosas; alguien que conoce y ama la verdad, cierto de la dignidad de la existencia y a quien importa la persona del otro, el diálogo y la paz.

Por eso, la Iglesia siempre ha educado. Está en su naturaleza misma, porque en ella está la palabra de la salvación para la humanidad. Y de qué humanidad hablaríamos sin conversión, sin sanación del corazón, sin educación, sin la voluntad de estar ante la realidad, en relación con todas las cosas, en el modo justo, según verdad y amor.

Asumimos el riesgo y la tarea, la labor siempre difícil, personalmente interpelante, fatigosa y paciente de la educación, porque creemos en el Señor y en su obra de creación y de salvación; porque amamos. Y, porque creemos y amamos, como Iglesia, no podemos no educar; como padres y madres, como hermanos, amigos y compañeros de camino, comunicamos, compartimos, nos corregimos, ponemos en común la verdad y el amor, educamos.

Sabemos además que necesitamos esta comunidad, que este acompañamiento es imprescindible, en los comienzos de nuestra vida, de nuestro crecimiento humano, y siempre.

Porque la respuesta que corresponde a nuestro corazón, que ilumina lo que somos y nuestra relación con la realidad, Cristo, es compañía, es Persona, es Amor y Amigo. Él es parte de nuestra vida, para siempre. No dejamos nunca de ser sus discípulos, de aprender y renovar la vida en su seguimiento. Cometemos un error radical cuando pensamos que no somos ya discípulos; y nos quedamos solos, apostando entonces, en realidad, por nuestras capacidades, por nuestro poder, que siempre resultará inadecuado para enfrentarse al mundo entero, que dejará vacío el corazón y el horizonte de nuestro destino.

El Evangelio nos lo recuerda: tened cuidado de vosotros, no sea que se emboten vuestros corazones en juergas, borracheras y las inquietudes de la vida. Con las tentaciones de la juventud, con el paso de los años, con los desafíos de la sociedad, con nuestras debilidades propias y nuestra fuga a lo cómodo, se embota el corazón; olvidamos al Señor, al amor primero, y ya no estamos despiertos para responder a todo lo que está por suceder, a cada uno de nosotros.

Por eso, tened cuidado de vosotros, y unos de otros. Con una compañía real, abierta a la verdad, hecha de respeto y esperanza; en un camino hecho juntos, en el que sigamos educando alma y corazón, para vivir con el criterio de la fe y de la caridad.

Conservemos con alegría la certeza de que es posible esta existencia buena en la unidad, gracias a la riqueza de este río de agua viva, que viene de Dios y del Cordero; gracias a este árbol de la vida, la Cruz gloriosa, cuyos frutos son siempre de humanidad verdadera y de curación, y que está en el medio de la ciudad, en el centro de nuestra comunidad. Así es hoy también, cuando celebramos unidos la Eucaristía, como miembros del único Pueblo de Dios, y tenemos en el centro de la mirada y del corazón la presencia, la entrega y el sacrificio, la comunión con el Señor Jesús.

Que así sea siempre en nuestras tareas, en nuestras instituciones e iniciativas, en toda nuestra misión educativa. Y que el Señor nos guarde así, participando de su vida nueva en medio de su Iglesia, sanados por su amor de nuestros males, fieles a su servicio, en el cuidado y la educación de nuestros hermanos, más pequeños o más necesitados.

A Él sean dadas las gracias, que ha querido nacer y habitar entre nosotros, verdadero y único Maestro y Salvador de los hombres.

+Alfonso,
Obispo de Lugo